

DIARIO DE MURCIA.

PERIODICO DE TODO.

MENOS POLITICA Y RELIGION.

Sale todos los dias, excepto los Lunes.—Se suscribe en Murcia, en la libreria de Carles Palacios á 6 rs. cada mes y 8 fuera franco de porte.—Los anuncios se insertarán á medio real por línea.

Sobre los Besamanos.

Despues de los tiempos mas distantes, se saludaba al Sol, á la Luna, y Estrellas, besando la mano. El Santo Job asegura que jamás ha caido en esta supersticion: «Si vidi Solem (dice) cum fulgeret, aut, Lunan incedentem claré, & lætatatum est in abscondito cor meum & obsculatos sum manum mean ore meo.» Parece por otro lugar de la Santa Escritura, que se daba el mismo honor á Bél, ó Baal. «Yo me he reservado, dice el Señor, siete mil hombres, que no han incado la rodilla delante de Baal, y que no lo han adorado besando la mano.

Los Comentadores de la Sagrada Escritura dicen, que se practicaba la misma ceremonia, respecto de Moloch. Sobre todo, en el sacrificio

de los niños que se ofrecian á este idolo.

De las naciones vecinas de la Judea en donde estaba establecido este culto, es á saber entre los caldeos y fenicios, Mr. Morin pasa á la Grecia, en donde casi eran recibidas todas las supersticiones estrangeras. En efecto Luciano, despues de haber hablado de diferentes suertes de sacrificios, que las personas ricas ofrecian á los Dioses, añade, que los pobres los adoraban por simples besamanos. El mismo autor refiere, que viéndose Demósthene entre las manos de los soldados de Antipatro, y habiéndoles pedido el permiso de entrar en un templo, cerca del cual pasaban, al entrar puso su mano en la boca, lo que los guardias tomaron desde luego por un acto de religion; pero la flaqueza,

en que cayó algunos momentos despues, les manifestó, que esto era efecto del veneno que acababa de tomar: en fin, en el tratado de la danza, observa, que los indios orientales adoraban al Sol, postrándose delante de él, y poniendo sus manos en la boca, en lo que ellos se diferenciaban de los griegos, los cuales, no honraban á este Dios, sino por simples besamanos.

Esta misma costumbre pasó de los griegos á los romanos. Plinio la ponía en su tiempo en el número de aquellos usos antiguos, cuyo origen, y razon se ignoraba: «In adorando (dice) dexteram ad osculum referimus.» Apuleyo trata de Ateista á un cierto Emiliano, porque todas las veces que pasaba por delante de algun templo, se dispensaba por principio de incredulidad de besar la ma-

FOLLETIN.

QUATRO CONTRA UNO.

por

Constant Gueroult.

(Continuacion.)

IV.

El dia tocaba á su término. Los señores de Aspach, de Richemont y de Betz, se paseaban en los jardines del duque de Asber.

—Qué es lo que ha producido ese escándalo? preguntó de Aspach á Julio.

—Esta mañana, respondió éste, iba á subir en el carruaje de Zerlina, que había

ido á buscarme á mi casa como habíamos convenido en la víspera, cuando se acercó el cartero y me entregó una carta timbrada en Aranjuez; la abrí en el acto y leo lo siguiente:

«Mi querido Julio, gracias á los documentos que he podido conseguir sobre su vida y origen, nada debemos temer á nuestra bella enemiga; ha perdido la partida y por lo tanto podemos contar con los millones de nuestro querido tio. La sola cuestion que queda por ventilar es la de saber cual de nosotros ganará el famoso partido concerniente á la vida de nuestro tio que Aspach limita á diez años, tu á doce, yo á quince, y Richemont hasta el término fabuloso de veinte. Adios, de aqui á dos dias estaré á tu lado.»

Despues de leerla la guardé en mi bolsillo. Zerlina, celosa como una tigre, quiso que se la diese para saber su contenido. No accedí por que no tengo bastante confianza en su discrecion para iniciarla en un secreto que, si llegase á oídos de nuestro querido tio, nos valdria su maldicion y la pérdida de su fortuna. Sufrí sus reproches, burlas y sarcasmos hasta nuestra llegada, en fin me amenazó con una separacion eterna si no la entregaba la carta, que decia ser de alguna muger cuando yo la ocultaba tanto. Pero yo sabré volver la calma y buen sentido á esa cabeza enloquecida.

—Y tus relaciones ¿siguen en el mismo estado? dijo d' Aspach.

—Ay de mil si; pero sus celos ester-

